

IRLANDA, ¿CAMBIO DE RUMBO?

Consecuencias políticas y económicas de la crisis

Con frecuencia Irlanda ha ido a la zaga del desarrollo político y cultural de otras partes de Occidente. Resulta poco sorprendente, pues, que las insinuaciones del inminente «fin de la historia irlandesa» no comenzaran a aflorar hasta el comienzo del nuevo siglo. Un acuerdo de paz que ponía punto final al más prolongado conflicto europeo desde 1945 hacía concebir esperanzas de que Irlanda del Norte pronto se asemejaría más a Yorkshire o a Renania que al Líbano o a Bosnia. Al sur de la frontera, décadas de subdesarrollo parecían haber sido superadas en el corto espacio de unos cuantos años de euforia. Y, si los dos Estados irlandeses todavía carecían de uno de los rasgos determinantes de la política europea moderna –una división entre izquierda y derecha, apoyada en un electorado con preferencias estrechamente vinculadas a la posición de clase–, ¿no sugeriría esto que Irlanda se adelantaba por una vez a los acontecimientos, anticipando la próxima americanización de la vida política de Europa?

Desde septiembre de 2008 la crisis global ha vertido un jarro de agua fría sobre tales sueños. El Estado del sur va en caída libre, destruyendo puestos de trabajo a un ritmo vertiginoso y viéndose forzado a aceptar un humillante «rescate» de la UE y del Fondo Monetario Internacional, cuyos términos no harán sino agravar la crisis económica. La recesión ha puesto cruelmente al descubierto las imperfecciones del modelo del «tigre celta» y ha bajado los humos a sus patrocinadores políticos. El futuro plan de austeridad de los conservadores y liberal-demócratas, mientras tanto, amenaza la economía de Irlanda del Norte, que depende desproporcionadamente de la inversión estatal para mantener su nivel de vida. Esto someterá al gobierno de poder compartido de la región a una intensa presión, poniendo a su vez a prueba la determinación de los reticentes socios de la coalición para mantenerse sujetos al arnés, mientras acometen los recortes impuestos desde Londres. Este ensayo examinará las consecuencias económicas y políticas de la crisis, de norte a sur. Resulta prematuro aventurar cuál será el impacto a largo plazo, pero está claro que la extraña trayectoria histórica de Irlanda tiene un largo camino por delante antes de alcanzar el final de su recorrido.

IRLANDA



I. UN MODELO EN DECLIVE

Durante gran parte de las dos últimas décadas, la República de Irlanda fue alabada como la niña bonita del neoliberalismo. Entre 1993 y 2000, el PNB irlandés creció un promedio del 9 por 100 anual; el desempleo —que había alcanzado un máximo de 17 por 100 en la década de 1980— había desaparecido prácticamente en las postrimerías del siglo. Una nación que se había mantenido en la ignominia de la marginalidad económica, mientras sus más grandes y ricos vecinos vivían los *trente glorieuses*, se catapultaba de la noche a la mañana por encima de sus cabezas, alcanzando incluso el hito psicológicamente vital de una renta per cápita superior a

la de Gran Bretaña. Los periodistas extranjeros se apresuraron a alabar el milagro irlandés, que podía atribuirse con facilidad a su buena disposición para ponerse la camisa de fuerza dorada y abrazar la lógica del capitalismo global. Los gurús neoliberales, de Thomas Friedman a George Osborne, exhortaron al resto de Europa a «perseguir al relampagueante duendecillo» por la senda de impuestos bajos, regulación laxa y flexibilidad de los mercados de trabajo¹. Después de haber presenciado cómo Irlanda pasaba de ser considerada un caso perdido a transformarse en un modelo de excelencia económica, ¿quién se atrevería a discutir la validez de la fórmula?

El paquete de medidas impuestas por la UE y el FMI en diciembre de 2010 ha supuesto la puntilla a tal modelo. Con un desempleo del 13 por 100 y habiendo registrado el PIB los mayores descensos de la historia –el 7 por 100, solo en 2009–, la República irlandesa ha tenido que suscribir un préstamo de miles de millones de euros a un interés leonino del 5,8 por 100, que será empleado inmediatamente para devolver el dinero a los bancos alemanes, franceses y británicos. Esta carga obedece a la decisión adoptada por el gobierno irlandés en septiembre de 2008 de ofrecer una garantía ilimitada de los pasivos acumulados por su podrido sistema bancario y a la negativa de los Estados europeos más importantes a considerar la posibilidad de cargar las pérdidas a los «titulares de bonos preferentes», a saber, los susodichos bancos. Lo más probable es que al Estado irlandés le resulte imposible atender al reembolso de intereses, generando inestabilidad adicional en la eurozona y anulando las perspectivas de recuperación en Irlanda.

Los términos del acuerdo sitúan bajo una luz irónica uno de los asuntos más importantes que han ocupado el debate político irlandés durante los años del tigre celta. Quien lo expresó con mayor fortuna fue Mary Harney –líder del tatcherista Partido Demócrata Progresista y veterana de la coalición dirigida por el Fianna Fáil que se ha mantenido en el poder desde 1997–, cuando afirmó que Irlanda se encontraba «más próxima a Boston que a Berlín»: más en consonancia con el modelo económico angloamericano que con las aspiraciones al Estado del bienestar de la Europa continental. Los comentaristas irlandeses adoptaron la manida consigna de Harney, aunque aquellos liberales de izquierda para quienes la UE representaría una forma de capitalismo más humano y progresista situaron el acento en el lado inverso. Ahora Boston y Berlín han llegado a la ciudad, marchando al mismo paso, y hay pocas opciones entre ambos. De hecho, el FMI se ha mostrado de algún modo más cabal que la UE, aunque solo sea porque no considera imperativo defender los intereses de los gigantes bancarios europeos. Una buena medida del trauma experi-

¹ Thomas Friedman, «Follow the leapin' leprechaun», *The New York Times*, 1 de julio de 2005; George Osborne, «Look and learn from across the Irish Sea», *The Times*, 23 de febrero de 2006.

mentado se encuentra en el hecho de que incluso *The Irish Times* se haya sentido forzado a distanciarse en un estilo *yeatsiano* vulgar de los nuevos amos de las finanzas:

Tal vez suscite extrañeza que *The Irish Times* se pregunte si es por esto por lo que murieron los hombres de 1916: un rescate de la canciller alemana y una mínima muestra de cortesía del canciller británico [...]. Habiendo logrado la independencia política de Inglaterra para ser los dueños de nuestros propios asuntos, hemos sometido ahora nuestra soberanía a la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y al Fondo Monetario Internacional².

Las dos fases del tigre

Las explicaciones de esta debacle deben partir de la distinción entre las dos fases del «tigre celta». La primera estuvo guiada por una afluencia de inversión sin precedentes en sectores clave de la industria por parte de multinacionales estadounidenses, que giró en torno a las exportaciones como acicate principal del crecimiento económico. La segunda fase se inició tras la recesión estadounidense de 2001, que provocó la reorientación de la actividad económica hacia la construcción y las finanzas, y generó una burbuja inmobiliaria sin parangón en la historia reciente. Las primeras décadas de la República —así como del Estado Libre que la precedió— habían estado caracterizadas por políticas de sustitución de importaciones, las cuales habían alcanzado el límite de su potencial en la década de 1950. Con Seán Lemass como jefe de gobierno (1959-1966), el partido dominante Fianna Fáil abrió la economía de par en par y ofreció atractivas deducciones fiscales al capital extranjero. Pero fue la adhesión a la Comunidad Económica Europea, en 1973, lo que sentó las bases para el *boom* posterior. En la década de 1980 Irlanda se convirtió en receptora de oleadas crecientes de fondos estructurales, mientras los grandes agricultores cosechaban los beneficios de la Política Agrícola Común.

Para las compañías estadounidenses en busca de localizaciones rentables para sus inversiones, la República podía ofrecer entonces dos ventajas

² Editorial: «Was it for this?», *The Irish Times*, 18 de noviembre de 2010. Algunos intelectuales europeístas han sido incapaces de aceptar la evidencia, mostrando así su reticencia a deestimar la visión benigna de la Unión Europea. Un ejemplo llamativo fue la respuesta de Colm Tóibín al editorial de *The Irish Times*: «Hay dos cosas que han ocurrido durante el transcurso de mi vida por las que todavía siento una suerte de veneración. Una es el Acuerdo del Viernes Santo y la otra es la Unión Europea. [...] Así que el jueves, cuando *The Irish Times* mencionaba a la “canciller alemana”, no se me despertó automáticamente el sentimiento de que esta persona era una especie de fuerza maligna en el mundo. En cambio, me figuré a una persona racional y prudente, sensata y profundamente inteligente. Del mismo modo, cuando *The Irish Times* mencionaba “una mínima muestra de cortesía del ministro de Hacienda británico” tampoco sentí la menor vergüenza. Considero que el tono del canciller británico ha sido comprensivo y razonable». Colm Tóibín, «Looking at Ireland, I don't know whether to laugh or cry», *The Guardian*, 20 de noviembre de 2010.

sustanciales: la pertenencia a la CE, lo que daba acceso a las compañías asentadas en su territorio al nuevo Mercado Único, y un tipo impositivo especial del 10 por 100 sobre el beneficio industrial (sustituido finalmente por un impuesto de sociedades de tipo único del 12,5 por 100). El impacto de este generoso régimen fiscal en las finanzas públicas se vio compensado parcialmente por los 10 mil millones de euros de fondos estructurales europeos recibidos entre 1989 y 1999, lo que incrementó el PIB en casi un 2 por 100 durante la década de despegue³. La cuota de inversión industrial estadounidense en la economía local aumentó de un 32 por 100 en 1990 a un 68 por 100 en 1997. La inversión extranjera directa se concentraba en unos cuantos sectores, en particular en la informática, la industria farmacéutica y la ingeniería electrónica. Dell construyó la mayor de sus fábricas europeas en tierra irlandesa, a la que se unió un tropel de gigantes de las nuevas tecnologías. Entre 1995 y 1999, las corporaciones multinacionales fueron responsables directas del 85 por 100 del crecimiento económico total⁴. Un resultado de esta dependencia de las compañías de titularidad extranjera para impulsar la economía irlandesa fue la creciente divergencia entre el PIB y el PNB: a finales de la década, el PNB estaba situado casi un 20 por 100 por debajo. Como es lógico, el papel desempeñado por las multinacionales en el *boom* de la década de 1990 expuso peligrosamente la salud de la economía irlandesa a cualquier variación de las condiciones que la habían convertido en un destino tan atractivo para la inversión. Pocas esperanzas había de que la industria autóctona tomase el relevo, como señalaba un articulista en 2003:

La gran diferencia entre el sector de titularidad extranjera y el autóctono reside en que el nivel de valor añadido bruto generado por empleado es más de cinco veces superior en el primero que en el segundo. En 2001, el valor añadido bruto por empleado de las compañías de titularidad irlandesa fue de 44.700 euros, con un incremento del 10 por 100 en términos nominales. Pese a este fuerte crecimiento, la brecha se hizo más amplia, ya que el valor añadido bruto generado por las compañías extranjeras aumentó el 12 por 100, situándose en 226.000 euros por empleado⁵.

Mientras que en 2001 las multinacionales exportaron casi el 90 por 100 de su producción, las compañías de titularidad irlandesa vendieron menos del 40 por 100 de lo que producían en el extranjero. Al contrario que los genuinos tigres asiáticos, el modelo celta no produjo sus propias empresas industriales líderes que arrastraran la economía.

³ David Hegarty, «Framework for the evaluation of the Structural Funds in Ireland», National Development Plan/Community Support Framework Evaluation Unit, Dublín, 2003.

⁴ Denis O'Hearn, «Macroeconomic policy in the Celtic Tiger: a critical reassessment», Colin Coulter y Steve Coleman (eds.), *The End of Irish History? Critical Reflections on the Celtic Tiger*, Manchester, 2003, p. 38.

⁵ Fintan O'Toole, *After the Ball*, Dublín, 2003, p. 162.

Tan seguro como una casa

El aterrador cambio de tesitura se inició con el estallido de la burbuja estadounidense de las nuevas tecnologías. El número de empleos en el sector industrial irlandés, que había crecido año tras año desde 1995 hasta 2001, comenzó entonces a disminuir cayendo de 251.000 a 223.400 en 2007⁶. El crecimiento anual de las exportaciones, cuya media se había situado por encima del 17 por 100 entre 1995 y 2000, se las vio y se las deseó para alcanzar el 5 por 100 durante los cinco años siguientes⁷. La expansión de la UE mermó la ventaja fiscal irlandesa, al ofrecer los nuevos Estados miembros procedentes del Este acuerdos más lucrativos y salarios mucho más bajos: en 2008 Dell decidió cerrar la emblemática planta de Limerick y desplazar la producción a Lodz. No obstante, el final de la expansión económica no se produjo de la noche a la mañana, pese al desgaste de la infraestructura industrial irlandesa. El sector bancario se situó por delante de la industria en cuanto a creación de empleos, y en 2008 el 14 por 100 de la mano de obra estaba empleada en las finanzas.

La mayor parte de esta expansión se concentró alrededor del Centro Internacional de Servicios Financieros, un satélite de la City de Londres situado en la zona portuaria de Dublín, cuyo régimen regulador era irrisoriamente insuficiente, lo que indujo a los políticos británicos a hablar del «Liechtenstein del Liffey». Los datos económicos también mejoraron gracias a la cada vez mayor utilización de Irlanda como una respetable cámara de compensación para los precios de transferencia de las multinacionales. Los bancos canalizaron tanto capital como les fue posible hacia otro de los pilares que sustentaban la segunda fase del tigre: un sector de la construcción totalmente recalentado que en 2007 representaba prácticamente el 23 por 100 del PNB. El precio medio de la vivienda nueva subió de 67.000 euros en 1991 a 334.000 euros en 2007, momento en el que se estaban construyendo 21 viviendas por cada 1.000 ciudadanos (incluso en España no pasó de las 15). La construcción se convirtió también en la principal fuente de empleo del sector privado, incrementándose el número de puestos de trabajo en la industria un 59 por 100 entre 2000 y 2008⁸.

Alguien podría haber calibrado la debacle que iba a provocar todo este montaje, en caso de producirse una crisis global: los bancos irlandeses habían tomado prestadas vastas sumas de dinero de los mercados internacionales, por lo que podían continuar prestando a los promotores inmobiliarios y permitir que sus coeficientes de capital alcanzaran mínimos sin

⁶ Kieran Allen, *Ireland's Economic Crash*, Dublín, 2009, p. 36.

⁷ Peadar Kirby, *Celtic Tiger in Collapse. Explaining the Weaknesses of the Irish Model*, Basingstoke, 2010, p. 35.

⁸ Véase K. Allen, *Ireland's Economic Crash*, cit., p. 44; P. Kirby, *Celtic Tiger in Collapse. Explaining the Weaknesses of the Irish Model*, cit., p. 41. El empleo en los servicios financieros aumentó un 43 por 100 durante el mismo periodo, mientras que el empleo industrial se contrajo un 9 por 100.

precedentes. Cuando Lehman Brothers se estrelló en septiembre de 2008, se desató la tormenta. El gobierno de Brian Cowen, presa del pánico —y viéndose seriamente comprometido—, ofreció una garantía total sobre los pasivos de las instituciones financieras irlandesas, exponiendo a sus ciudadanos a un potencial batacazo de dimensión varias veces superior al PIB anual de la nación. Poco después, el gobierno dirigido por el Fianna Fáil decidió nacionalizar el Anglo Irish Bank, el tercer mayor banco del Estado, y apuntalar a sus dos principales competidores mediante gigantescas inyecciones de liquidez. El Anglo Irish Bank se especializó en la concesión de préstamos masivos a una reducida clientela: quince de sus clientes acumulaban deudas con el banco de al menos 500 millones de euros cada uno. Las pérdidas de más de 12 mil millones de euros que sufrió el banco en 2009 fueron las más importantes de la historia empresarial irlandesa.

Una vez que se puso en marcha la garantía bancaria, el principal objetivo del gobierno de Cowen fue apuntalar a toda costa el sistema financiero privado. El ministro de finanzas irlandés, Brian Lenihan, se jactó en un principio de haber conformado el «rescate más barato del mundo». A medida que fueron saliendo gradualmente a la luz los podridos cimientos de la banca, el coste previsto de la garantía se elevó exponencialmente: estimaciones realistas lo sitúan actualmente en algún punto entre los 50 y 70 mil millones de euros (en 2008 el PIB irlandés era de algo más de 200 mil millones de euros). Cowen y Lenihan desaprovecharon la oportunidad que se les presentó en 2008 de anular la garantía, teniendo como tuvieron posibilidades legales de hacerlo, ya que tres de los bancos habían ocultado información esencial sobre su solvencia en claro incumplimiento de la Ley del Banco Central de 1971. Pero, como señaló el economista Morgan Kelly, hacerlo hubiera implicado un «desagradable enfrentamiento con el Banco Central Europeo». En cambio, «los bancos alemanes y franceses, cuya solvencia constituía la principal preocupación del BCE, recuperaron su dinero», mientras «los altos directivos de los bancos que causaron la crisis continúan disfrutando de sus suntuosas recompensas. La única dificultad a la que nos enfrentamos es que el compromiso indefinido contraído por el gobierno de cubrir las deudas de los bancos excede ampliamente la capacidad presupuestaria del Estado irlandés»⁹.

Este subsidio ilimitado concedido a los bancos irlandeses y a los titulares de bonos europeos se ha implementado a expensas de cualquier plan para el fomento o mantenimiento del empleo que pudiera tener el gobierno. Mientras los economistas de otros países se preguntan qué sucederá cuando expiren los diversos estímulos financieros, sus homólogos irlandeses no tienen preocupaciones similares: nunca hubo un paquete de estímulos de partida. Durante los dos primeros años de la crisis, el gobierno dirigido por el Fianna Fáil sustrajo 15 mil millones de euros de la economía en una se-

⁹ Morgan Kelly, «If you thought the bank bailout was bad, wait until the mortgage defaults hit home», *The Irish Times*, 8 de noviembre de 2010.

rie de presupuestos de austeridad regresiva. La agresión al salario social ha venido acompañada por la estridente idea general de que tales recortes no tienen por qué acarrear consecuencias funestas para las personas que dependen de los servicios públicos: hay margen suficiente para seguir haciendo ajustes, ya que Irlanda fue indebidamente derrochadora en el gasto durante los años de expansión económica.

Este consenso presta poca atención al tedioso asunto de reunir pruebas. Incluso en el punto álgido del *boom*, la República de Irlanda tenía pocas razones para alardear de su política social. Se situaba en el segundo puesto por la cola en las tablas de pobreza y desigualdad de los países de la OCDE; solo Estados Unidos salía peor parado. La desigualdad aumentó durante el periodo de máximo crecimiento económico, ascendiendo el número de hogares cuyos ingresos se situaban un 50 por 100 por debajo de la renta media del 18 por 100 en 1994 al 24 por 100 en 2001. Otros índices de referencia se desplazaron en la dirección opuesta: la proporción de gasto del gobierno en protección social con relación al PIB ascendía al 20 por 100 en 1993, pero en 2000 se había desplomado hasta el 14 por 100 (apenas la mitad de lo que marcaba la media de la UE)¹⁰.

Incluso la fiable y ortodoxa OCDE no encontró mucho donde rascar cuando en 2008 se le encomendó la tarea de inspeccionar la Administración pública irlandesa: «Entre 1995 y 2000, la tasa real de crecimiento del gasto público fue del 5 por 100, un ritmo considerablemente más lento que el del crecimiento del PIB, que creció al 7,5 por 100». Las políticas implementadas por el Fianna Fáil ya habían reducido el número total de funcionarios en proporción a la población activa, y el salario global de los funcionarios en proporción al PIB¹¹. Este es el «abotargado» sector público irlandés, que ahora se halla avocado a atravesar un periodo de austeridad indefinida, mientras los titulares de prensa ingenian artificiosas diatribas contra los funcionarios del sector público mostrando una monomanía digna de mejor causa: a un columnista no se le ocurrió una pulla más hiriente que lanzar contra los obispos católicos que amparaban a los pedófilos que comparar sus acciones con «la peor clase de ideario de los sindicatos de la Administración pública»¹². La descalificación resultó tan atroz que el propio asesor económico del gobierno, Alan Ahearne, se sintió obligado a protestar:

Mucha de la retórica empleada por los medios de comunicación para referirse al salario y a la reforma del sector público debe considerarse como un intento de los comentaristas peor informados por distraer la atención del autén-

¹⁰ Peadar Kirby, «Globalization, the Celtic Tiger and social outcomes. Is Ireland a model or a mirage?», *Globalizations*, diciembre de 2004, p. 216.

¹¹ Informes de la Gestión Pública de la OCDE, *Ireland. Towards an Integrated Public Service*, París, 2008, pp. 15-16.

¹² Eilis O'Hanlon, «Man of cloth recast as just a jobsworth», *The Sunday Independent*, 21 de marzo de 2010.

tico origen de las penurias económicas por las que atravesamos. El desastre en el que se encuentra inmersa la economía irlandesa deriva en gran medida de la burbuja del precio de la vivienda, no de los problemas de la Administración pública. Probablemente no sea una coincidencia que algunos de los críticos hoy más vocingleros contra el sector público se encuentren entre quienes colaboraban con más furia del *boom* inmobiliario¹³.

Esta acometida se ha reanudado como consecuencia del acuerdo UE-FMI. Sería equivocado creer que los nuevos directores de la economía irlandesa han empujado al gobierno de Dublín a seguir una senda que éste hubiera preferido no pisar: sus sugerencias han sido aceptadas con algo que se aproxima mucho al júbilo. Durante los próximos tres años habrá que sustraer otros 15 mil millones de euros de la economía, con 6 mil millones de euros de recortes concentrados solo en el presupuesto de Lenihan de diciembre de 2010. Este paquete de recortes final, que será el último que Lenihan acometa como ministro de Finanzas, superó con creces las cotas de mezquindad alcanzadas por sus ofertas anteriores. Un *boom* desfigurado por la desigualdad ha dado paso a una crisis económica marcada por los estándares victorianos del reaccionarismo social. Si David Cameron y Nick Clegg necesitan un modelo por el que guiarse, no tendrán que mirar demasiado lejos.

¿Se acabó la fiesta?

El compromiso inquebrantable del Fianna Fáil de proteger un sistema bancario, aun a sabiendas de su total corrupción, y su inexorable determinación de hacer que el peso de la crisis recaiga en el segmento más bajo de la pirámide social suscitarán naturalmente preguntas sobre su hegemonía electoral, siendo un partido al que se ha descrito acertadamente como la institución secular más importante del Estado moderno irlandés. En la década de 1980, un historiador hacía esfuerzos por encontrar analogías europeas con respecto a su extraordinario predominio político: solo los socialdemócratas suecos, los unionistas del Ulster y la democracia cristiana italiana podían incluirse en la misma categoría¹⁴. Dos décadas más tarde, ésta última se ha desvanecido en la memoria, los Unionistas del Ulster se han visto totalmente eclipsados y los socialdemócratas suecos ocupan los bancos de la oposición, mientras que el Fianna Fáil se las ha ingeniado para perpetuarse durante una generación más. El Partido ha estado en el gobierno durante sesenta de los setenta y nueve años transcurridos desde que se hiciera con el poder en 1932. Únicamente en dos ocasiones ha caído su voto por debajo del 40 por 100, y aun entonces solo ligeramente.

¹³ In Fintan O'Toole, «Popular thinking on crisis swept aside», *The Irish Times*, 13 de abril 2010.

¹⁴ Dick Walsh, *The Party: Inside Fianna Fáil*, Dublín, 1986, p. 3.

Los orígenes del Partido residen, por supuesto, en las complicadas circunstancias de la independencia del país. El proceso de radicalización entre 1914 y 1918, a consecuencia de la brutal represión de la Rebelión de Pascua, produjo una victoria aplastante de los nacionalistas republicanos del Sinn Féin [«Nosotros mismos»] en las elecciones de Westminster de 1918; el Partido apartó a un lado a los nacionalistas conservadores partidarios de la ley de autonomía legislativa y marginó a los unionistas respaldados por Londres, haciéndose con 75 de los 105 escaños de la Cámara de los Comunes «irlandesa». El líder del Sinn Féin, Éamon De Valera, proclamó como es debido la República de Irlanda en 1919, iniciando negociaciones con Londres mientras las guerrillas republicanas hostigaban a las fuerzas de seguridad británicas. El acuerdo mutuo establecido en el Tratado de 1921 –el estatus de Dominio, que obligaba a los parlamentarios de Dublín a jurar obediencia al rey británico– aceptaba la partición de la isla, confirmándola mediante la Ley del Gobierno de Irlanda de George Lloyd en 1920: bajo el dominio de la Corona, los seis condados del noroeste serían administrados desde Belfast; los veintiséis restantes, desde Dublín. El Tratado fue ratificado por el Dáil, el parlamento de Dublín, en 1922, estableciendo el Estado Libre Irlandés; pero dividió en dos al Sinn Féin. El sector partidario del Tratado se impuso a sus oponentes por medio de una cruenta, aunque breve, guerra civil; los políticos partidarios del Tratado fundaron el partido conservador Fine Gael [«Raza irlandesa»], reforzado por la afluencia del movimiento fascista de los Camisas Azules en la década de 1930. Lo que quedó del Sinn Féin volvió a dividirse en 1926, cuando De Valera y sus seguidores hicieron las paces con el nuevo régimen. Estos se reagruparon bajo la bandera del Fianna Fáil [«Soldados de Irlanda»] que se alzó como partido mayoritario del Dáil en 1932 y que ha continuado dominando ininterrumpidamente el paisaje político a partir de entonces. Desde 1938 hasta 1989, el Fianna Fáil solía acaparar generalmente el 44 por 100 de los votos preferentes, mientras el Fine Gael languidecía por debajo del 35 por 100, y el anémico Partido Laborista Irlandés hacía esfuerzos por alcanzar el 15 por 100¹⁵.

La hegemonía del Fianna Fáil ha reposado, en parte, en la imagen populista que ha alimentado cuidadosamente desde su nacimiento. Su liderazgo ha reivindicado con frecuencia su natural inclinación hacia el centro izquierda, apodándose incluso «Partido Laborista de Irlanda», aunque un solo vistazo a su historial en el gobierno lo confirma como una formación de centro derecha. En la década de 1930, la retórica del Fianna Fáil tenía un tinte inequívocamente radical, lo que garantizó al partido una base sólida ente los pequeños agricultores y entre la clase obrera de las ciuda-

¹⁵ Los candidatos del Fianna Fáil han recibido con frecuencia más votos procedentes de la clase obrera que toda la izquierda irlandesa junta. En las elecciones de 1977 –sin duda un buen año para el Fianna Fáil– el porcentaje de votos que obtuvieron entre obreros cualificados y no cualificados fue del 54 y el 47 por 100 respectivamente, mientras que el Partido Laborista Irlandés logró el 11 y el 16 por 100. Paul Bew, Ellen Hazelkorn y Henry Patterson, *The Dynamics of Irish Politics*, Londres, 1989, p. 167.

des. Esta base se consolidó mediante la ejecución de reformas sociales, cuyas limitaciones hubieran resultado más evidentes de no haber contrastado tan favorablemente con la suprema indiferencia ante la miseria social del régimen anterior. También se vio afianzada mediante redes de clientelismo astutamente trazadas, que proporcionaban riqueza suficiente como para garantizar lealtad y gratitud personal.

La izquierda ausente

La tarea del Fianna Fáil también se vio facilitada por las deficiencias de la izquierda irlandesa. Una serie de factores estructurales lastraron pesadamente el porvenir de cualquier fuerza de izquierda. En la época de la independencia, el Estado del sur carecía prácticamente por completo de base industrial y no adquirió una mayoría urbana hasta la segunda mitad del siglo. La vertiginosa emigración arrastró a los potenciales descontentos hacia Gran Bretaña, Australia o Estados Unidos, y en la década de 1920 un asombroso 43 por 100 de la población nativa irlandesa vivía fuera del país¹⁶. La cultura religiosa conservadora recibió así un impulso excepcional en su prolongada asociación con las cuestiones de la identidad nacional y de la resistencia a la opresión (Polonia, quizá, sea la única analogía directa a este respecto). Aunque estos factores representaron una pesada carga, no habrían tenido por qué resultar insuperables necesariamente. Después de todo, han surgido movimientos de izquierda mucho más exitosos en países con iglesias poderosas y reaccionarias, grandes poblaciones agrícolas, o en los que la vida política estaba dominada por cuestiones nacionales. Es posible que a la izquierda irlandesa le haya tocado una mala baza, pero también es cierto que, por lo general, ha sido bastante torpe jugando sus cartas.

Para explicar esto es necesario partir, una vez más, de los problemas que afectaron al movimiento por la independencia. En 1919, mientras el clamor a favor de la soberanía nacional resonaba de Moscú a Versalles, un Sinn Féin apoyado por un incontenible mandato popular se enfrentó a un oponente gravemente debilitado por el cansancio de la guerra, la agitación obrera y la crisis económica; el unionismo como fuerza hegemónica conocía su fin. ¿Por qué se rindió el movimiento irlandés tan pronto aceptando la partición y el estatus de Dominio, en lugar de continuar luchando hasta lograr un resultado más favorable? Un factor subjetivo determinante radica con seguridad en la línea divisoria que separaba el liderazgo político y el militar, la cual ha seguido influyendo decisivamente en la política republicana hasta la actualidad, un cisma este que para los revolu-

¹⁶ Esto contrasta con las cifras del 15 por 100 de Noruega, el 14 por 100 de Escocia y el 11 por 100 de Suecia de la década de 1920. Véase Terence Brown, *Ireland. A Social and Cultural History, 1922-2002*, Londres, 2004, p. 10. Brown señala: «La continua diáspora irlandesa, a partir del periodo de hambruna, hizo que la población se mantuviera como un todo prácticamente estable durante la mayor parte del periodo moderno».

cionarios cubanos o vietnamitas habría resultado desconcertante. La razón de esto radica en parte en el muy temprano surgimiento del movimiento irlandés, más próximo a los ideales de 1848 que a las revueltas anticoloniales de inspiración socialista que sacudieron el siglo xx.

El líder feniano James Stephens (1825-1901) fue uno de los revolucionarios más capaces de su tiempo; pero, habiéndose formado en la clandestinidad republicana parisina, heredó de ésta la predilección por el enfoque conspirativo y blanquista de la revolución. Esto aseguró que el levantamiento fallido de 1867 fuera indigno del movimiento que Stephens había construido. En las décadas siguientes, Michael Davitt capitaneó una ruptura parcial con este modelo político, sacando a la luz la actividad política de un sector del movimiento feniano a través de la Liga Agraria. Pero Davitt fue anatematizado por la mayoría de la Irish Republican Brotherhood (IRB), que seguía siendo una organización secreta, a la que solo podía accederse mediante juramento; y fue incapaz de impedir que Charles Parnell cosechara los frutos políticos de la agitación promovida por Liga Agraria en beneficio del Home Rule Party y de que la utilizara para cimentar su alianza con Gladston en Westminster. El potencial de una agitación política masiva, que no habría mostrado respeto alguno por las conveniencias del orden constitucional británico, quedó abortado.

En vísperas de la Gran Guerra, la Irish Republican Brotherhood [Hermandad Republicana Irlandesa] era una secta minúscula e irrelevante; las autoridades británicas habrían sin duda considerado a la sindicalista Unión General de los Trabajadores y del Transporte de Jim Larkin y James Connolly como una amenaza mucho mayor contra el orden establecido. La crisis de la Autonomía Legislativa, que precedió inmediatamente a la Primera Guerra Mundial, dio a los republicanos la oportunidad de asumir el liderazgo de un auténtico movimiento de masas –los Voluntarios Irlandeses, constituidos para defender al autogobierno irlandés de la violenta resistencia unionista–, actuando a través de secretas intrigas a espaldas de sus miembros. Resultaba típico del enfoque político de la IRB que muchos Voluntarios ignorasen que estaba planeándose una insurrección contra la autoridad británica hasta el mismo momento en que estuvieron en sus puestos el día de la Rebelión de Pascua. Solo después de que la insurrección fuese aplastada, Michael Collins asimiló las lecciones militares de 1867 y 1916, rompiendo con el enfoque estático de la guerra revolucionaria que había garantizado su derrota en sendas ocasiones. Su experimento pionero en la guerra de guerrillas ofreció un modelo que los movimientos anticoloniales de Asia y de África estudiarían con entusiasmo. Pero los nuevos comandantes del IRA que siguieron a Collins en la aplicación de las tácticas de guerrilla cuando se reanudó la lucha, ignoraron por lo general el ámbito político, dejándolo en manos de hombres como De Valera y Arthur Griffith, que hubieran preferido ver al IRA levantarse, luchar y ser masacrado para que fuera reconocido como un ejército caballerosamente burgués y no como una banda de rufianes y de trapicheros.

Otorgar a tales hombres la responsabilidad exclusiva de dirigir las negociaciones con Gran Bretaña constituía el camino más seguro para que el movimiento independentista se viese defraudado. Los republicanos comprendían todavía peor la resistencia laboral contra Gran Bretaña, que tanta importancia tuvo: la huelga general en contra del reclutamiento obligatorio, el soviet de Limerick, y el boicot al Ejército británico por los ferroviarios fueron todos orquestados por el movimiento de la clase obrera. Los republicanos ortodoxos concluyeron que los obreros habían cumplido meramente con su deber como patriotas y no extrajeron conclusión alguna sobre la dimensión de clase que tuvo la lucha antiimperialista.

Era de prever que las personalidades de la sociedad irlandesa, que habían trasladado sus lealtades del Home Rule Party al Sinn Féin al darse cuenta de que la marea de opinión nacionalista era imparable, aceptarían un arreglo aunque éste no estuviera a la altura de los objetivos republicanos: su preocupación principal en 1920-1921 consistía en establecer una nueva autoridad política que pudiera mantener el descontento obrero y agrario a raya y defender su posición en la jerarquía social. Tales elementos no tenían la menor intención de arriesgarse a que se produjeran nuevas agitaciones por mor de la Partición o del Juramento. Nada de esto debe sorprender ni afligir; lo que resulta chocante, no obstante, es la incapacidad de los republicanos contrarios al Tratado para comprender lo que estaba sucediendo. Un pequeño grupo de socialistas, situados en el bando de oposición al Tratado, observaron la naturaleza de clase de la escisión, y el comandante del IRA, Liam Mellows, apuntó en la misma dirección al identificar a la gente «con intereses económicos en el país» como la base de apoyo al Tratado, antes de ser ejecutado por el Estado Libre en 1922. Más típica resultó la actitud de Liam Lynch, el jefe del Estado mayor del IRA: cuando el Partido Comunista de Irlanda, todavía en ciernes, le exhortó a adoptar un programa de reivindicaciones políticas y económicas, que con toda seguridad habría inducido a la opinión pública a polarizarse en función de su clase, Lynch se limitó a replicar que él era un soldado, no un político, y siguió adelante con una resistencia puramente militar y moral en contra del Tratado, cuyo fracaso estaba garantizado.

Los republicanos no fueron los únicos a los que debe culparse por este enfoque condenado al fracaso. Tras la ejecución de Connolly por su papel en la Rebelión de Pascua, sus presuntos herederos en el liderazgo de la Unión General de los Trabajadores y del Transporte y del Partido Laborista abjuraron por completo de su responsabilidad de proporcionar a la clase obrera una voz independiente. El error de no participar en las elecciones de 1918 fue la primera de las muchas concesiones que se hicieron al nacionalismo burgués, que culminó con el apoyo al gobierno partidario del Tratado por parte de los laboristas (en aquella época Larkin estaba cumpliendo condena en Nueva York por agitación contra la guerra, por lo que no tuvo capacidad de influir en el rumbo que estaban tomando los acontecimientos hasta su regreso a Irlanda). Esto cuestiona la credibilidad de quienes sugieren, como han hecho algunos historiadores radicales, que duran-

te este periodo se podría haber producido una revolución socialista en Irlanda si los dirigentes del movimiento obrero organizado hubieran sido mejores. Pero no es ciertamente una ilusión imaginar que podría haber surgido un movimiento de izquierdas más fuerte, al que hubiera correspondido un papel importante en la oposición al Tratado. Esto hubiera hecho que la política del nuevo Estado se inclinase en una dirección muy distinta.

Los achaques del laborismo

La conducta del laborismo durante este periodo marcó la pauta de los prácticamente ochenta años siguientes de su existencia. Decir que el laborismo irlandés, como su homólogo británico, ha tenido un historial pobre sería darle en verdad un trato excesivamente amable. Resulta revelador que en la década de 1940, cuando el gobierno de Attlee ocupaba el poder en Londres, los dirigentes del laborismo irlandés estaban profundamente preocupados ante la posibilidad de que pudiese llegar a pensarse que los dos partidos laboristas tenían algo en común y de que se vieran asociados al peligroso radicalismo de Attlee y Bevin. El Partido Laborista Irlandés optó por encogerse de hombros ante el conservadurismo que reinaba en el panorama político, incluso cuando su propio futuro se vio comprometido a causa de este servilismo. Ha sido típicamente el socio callado de coalición, proporcionando sostén a los gobiernos conservadores del Fine Gael, durante las ocasionales temporadas en que el Fianna Fáil ha estado en la oposición¹⁷.

Ha habido dos ocasiones en la historia del laborismo en que éste se alzó como fuerza independiente de izquierdas, desafiando a los dos partidos conservadores con un programa propio: una vez en la década de 1940 y otra más en la de 1960. En ambas ocasiones se obtuvieron progresos electorales significativos aventajando al Fianna Fáil como partido mayoritario en Dublín; y en ambas ocasiones el experimento terminó en un patético fracaso. En la década de 1940, el laborismo sucumbió ante el chantaje de una escisión de derechas urdida por elementos reaccionarios del movimiento sindical, purgó a sus miembros más activos y regresó mansamente al redil. En la década de 1960, la dirección del partido consintió que se amañaran los votos durante un congreso bochornoso para desbancar a un sector de izquierdas que había deparado al partido la cuota de votos más alta de toda su historia, fraguando una alianza con el Fine Gael que condujo al laborismo a una drástica pérdida de apoyo¹⁸. Estas experiencias

¹⁷ La media ha sido de tres años por década durante el periodo de posguerra: 1948-1951; 1954-1957; 1973-1977; 1982-1987; 1994-1997.

¹⁸ Se puede encontrar una explicación brillante de esto en Niamh Puirseil, *The Irish Labour Party 1922-73*, Dublín, 2007. Después de abandonar la postura en contra de la coalición y de participar en dos gobiernos dirigidos por el Fine Gael, la cuota de voto nacional del laborismo cayó de un 17 por 100 en 1969 a un 6 por 100 en 1987 (con un descenso del 28 por 100 al 7 por 100 en la capital de la nación).

inducen a pensar que las concesiones continuadas que el laborismo ha rendido a la ideología conservadora no se explican como un medio desafortunado pero inevitable de adaptarse a unas circunstancias que escapaban a su control, tal como aseveran frecuentemente sus dirigentes. La pusilanimidad del partido ha perjudicado sus propias perspectivas y ha afianzado el conservadurismo de la política irlandesa. También ha resultado de inestimable utilidad para el Fianna Fáil, cuyos dirigentes pocas veces se muestran tan contentos como cuando pueden mofarse del laborismo por su moderación y respetabilidad. A Seán Lemass le deleitaba especialmente esta línea de argumentación:

Supe a través del diputado [laborista] Tully que alguien acusó al Partido Laborista de estar volviéndose «rojo», lo que hirió profundamente sus sentimientos. ¿Podría desvincularme de una vez por todas de cualquier insinuación por el estilo? El Partido Laborista es, y ha sido siempre, el elemento más conservador de nuestra comunidad. Lejos de estar volviéndose «rojo», el Partido Laborista está sonrojándose [...] el Partido Laborista es una formación de hombres afables, respetables, dóciles e inofensivos; nunca parlamento alguno fue honrado con una formación más inofensiva¹⁹.

De hecho, en cualquier momento que el Fianna Fáil se ha enfrentado a un serio desafío planteado por la izquierda, procedente bien del laborismo o de otras fuerzas políticas, ha abandonado con presteza la postura de «centro derecha» y no ha tardado en enseñar los dientes como una formación esencialmente conservadora. Aunque durante sus primeras dos décadas en el poder el Fianna Fáil, como cualquier movimiento nacionalista que se precie, afirmó sin ambages estar por encima de las sórdidas divisiones de clase, no dejó de cultivar una burguesía nacional a la que protegió tras un muro de aranceles y a la que dulcificó la sumisión irlandesa al capital británico. Tras la ruptura con el modelo proteccionista en la década de 1950, se rebajó este objetivo: entonces la prioridad era elevar el PIB asegurándose una expansión más amplia de la inversión extranjera y de los mercados de exportaciones.

El estilo empleado por la dirección del Partido cambió enormemente durante el citado periodo, pasando del austero tradicionalismo de De Valera a la opulencia de Charles Haughey, quien se hizo con las riendas del Fianna Fáil a finales de la década de 1970. Siendo entonces un deber patriótico de los capitanes de la industria irlandesa hacerse más ricos, difícilmente podría culparse a Haughey de extraer la conclusión de que también él debía aspirar al próspero estilo de vida que corresponde al líder de una nación. Pero los escándalos de corrupción en los que Haughey se vio envuelto llegaron a poner en peligro la imagen populista del Fianna Fáil, que no podía soportar muchas más revelaciones acerca de sobres de papel atestados de billetes. Para reparar el daño infligido por Haughey, sus su-

¹⁹ P. Bew, E. Hazelkorn y H. Patterson, *The Dynamics of Irish Politics*, cit., p. 142.

cesores lavaron la imagen del Partido seleccionando a Bertie Ahern como nuevo líder en 1994. Hábil agente político, con un don para hablar en público durante horas sin llegar a transmitir ninguna información, Ahern adoptó una actitud pragmática para distanciarse del descrédito en el que había caído Haughey, e incluso reivindicó ser uno de los pocos socialistas que quedaban en la vida política irlandesa. Pero esta operación de lavado de cara no alteró en nada el poder del dinero para modelar a su antojo la toma de decisiones al más alto nivel: las transacciones puras y duras de la era Haughey se sustituyeron simplemente por una relación más eficaz entre las elites políticas y económicas, siguiendo las mejores costumbres de las democracias capitalistas. En el lenguaje liso y llano que Ahern con tanto ahínco se esforzó en evitar, el Fianna Fáil sustituyó los turbios favores personales de la época de Hughey por una corrupción sistemática y organizada, haciendo gala de una sumisión ciega a las empresas que resultaba inédita incluso dentro de los estándares de la época.

Esta orientación de clase fundamental determinó la estrategia del Fianna Fáil durante los recientes años de intenso crecimiento económico. Ahora que la crisis económica le ha sometido a un escrutinio sin precedentes, la cúpula del partido debe arrepentirse amargamente de la despreocupación con la que actuó durante los buenos tiempos. Una cosa es descubrir que el 40 por 100 de las donaciones recibidas por el Partido entre 1997 y 2007 procedían de constructores y promotores inmobiliarios. Otra, enterarse del vínculo existente entre la política y la empresa que, de ser representado por un grupo teatral brechtiano de agitación, resultaría imperdonablemente didáctico: a saber, lo bien surtida que estaba la carpa del Fianna Fáil en la edición anual de las carreras de caballos de Galway por un elenco encantadoramente vulgar de personalidades del sector de la construcción, que estaban ansiosas por firmar un nuevo cheque para sus benefactores políticos. Estando tan bien documentado el sórdido nexo entre el Fianna Fáil y el complejo banca-construcción, pocos se sienten inclinados a considerar su gestión de la crisis como desinteresada, objetiva y neutral. No hay duda de que Brian Cowen daría cualquier cosa porque un único detalle informativo dejase de ser de dominio público: el hecho de que se dirigía a Seán Fitzpatrick –desacreditado antiguo presidente del Anglo Irish Bank, convertido hoy en figura de odio nacional al descubrirse los engaños y la corrupción en los que se vio envuelto– como «Seánie».

La hegemonía política que el Fianna Fáil ha mantenido continuamente durante los últimos veinte años no ha dejado traslucir el cambio que ha tenido lugar en la base sobre la que se asienta su apoyo al ceder paso las lealtades tribales heredadas de la generación anterior a una forma de adhesión mucho más pragmática²⁰. Tras tropezar accidentalmente con la fama de ser competentes y aterrizar nuevamente en el cargo justo en el

²⁰ En 1981 la proporción de indecisos era de menos del 40 por 100; en 2002 había aumentado hasta el 75 por 100. Véase K. Allen, *Ireland's Economic Crash*, cit., p. 31.

momento en que la economía hacía grandes progresos, el Fianna Fáil regresó al poder en 2007 gracias a un electorado ansioso ante lo que le deparaba el futuro y con miedo a que la situación se complicase verdaderamente. Ahora que tanto la seguridad que infundía como su honestidad han perdido toda credibilidad, el Partido atraviesa por graves apuros. La fuerza le venía con frecuencia del clientelismo fuertemente arraigado en el sistema político irlandés, haciendo gala de un consumado talento natural para resolver cuestiones de campanario. Pero este recurso resulta inadecuado cuando todas las preocupaciones locales deben observarse a la luz de la crisis nacional²¹.

II. EL ASILO DE POBRES DE GRAN BRETAÑA

A primera vista, puede parecer que el horizonte económico resplandece más intensamente del otro lado de la frontera: Irlanda del Norte no ha sufrido una caída tan brusca como la de su vecino del sur, pero esta situación aparentemente envidiable es en sí misma una consecuencia de su largo declive. El corazón industrial de Belfast y del Valle Lagan –hogar en tiempos de los más grandes astilleros del mundo– ha seguido el mismo camino que las zonas industriales de Sheffield y Detroit. Este desgaste de su tradicional poderío económico ha tenido el efecto perverso de proteger a Irlanda del Norte de los peores estragos de la crisis global. La región se ha beneficiado de la presencia estabilizadora de un sector público de extraordinarias dimensiones: ningún miembro de la OCDE tiene a más del 25 por 100 de su población activa contratada por el Estado, pero en Irlanda del Norte el sector público es responsable del 30 por 100 de los puestos de trabajo. Esto es posible gracias a la inyección de fondos que Irlanda del Norte recibe de Westminster: si se le retirara este apoyo financiero, la economía de la región se desplomaría en cuestión de semanas.

²¹ Se ha insinuado que el responsable de los problemas actuales es el propio sistema electoral: «Si el ciclo de grandes altibajos de los últimos treinta años nos ha enseñado algo es que nada llegará a cambiar hasta que abandonemos el sistema de distritos electorales que fomenta la política parroquial, sacrificando el bien común en favor de estrechos intereses. Deshacernos de nuestro sistema electoral [...] traería consigo una auténtica revolución en las formas de actuación políticas», Shane Coleman, «Politicians are a part of the solution», *Sunday Tribune*, 12 de diciembre de 2010. Puede que sea cierto que a los políticos irlandeses se les asigna con frecuencia el papel de representar a los votantes individuales ante las entidades estatales, y es posible que el sistema electoral haga que los horizontes se vuelvan todavía más estrechos, al ser su carácter proporcional más competitivo que los sistemas de votación mayoritarios. El sistema de representación proporcional mediante voto único transferible –distritos multinominales en los que los votantes marcan a sus candidatos según su orden de preferencia– fue introducido en Gran Bretaña en 1920 (como en el caso de la transición del *apartheid* en Sudáfrica, la protección de las minorías era una cuestión prioritaria). Puede que haya razones merecidas para que se lleve a cabo una reforma electoral; pero establecer vínculos entre esta necesidad de cambio y el declive económico es una estafa descarada para distraer la atención de la relación existente entre las personalidades políticas y económicas: ni los banqueros ni los promotores inmobiliarios aguardaban en las oficinas de las circunscripciones municipales para conseguir favores de los diputados del Fianna Fáil.

Tal dependencia del apoyo exógeno no es un subproducto exclusivo del declive industrial. El impacto de las tendencias de la economía global que devastaron los centros productivos del fordismo clásico se vio acompañado por una guerra de baja intensidad: según determinadas estimaciones, el conflicto por sí solo fue responsable nada más y nada menos que de la destrucción de un 25 por 100 de los empleos en la producción²². En el mismo periodo, sucesivos gobiernos británicos incrementaron las cotas de apoyo financiero con la esperanza de que la economía sirviese para compensar el fracaso de los esfuerzos políticos. Aunque el sub Estado ha dependido siempre del apoyo externo para hacer cuadrar sus cuentas, el deslizamiento hacia una forma perversa de dependencia de los subsidios británicos no se inició hasta el estallido de la lucha armada a finales de la década de 1960. En 1970 la subvención anual era de menos de 100 millones de libras; en 1985, había llegado a 1.700 millones de libras, unas 1.100 libras por cada habitante. Como resultado de todo esto, la población de Irlanda del Norte llegó a disfrutar de un nivel de vida muy por encima de lo que cabría esperar de la productividad de su esfera económica.

Puede que la guerra haya agravado los problemas del sector productivo, pero su fin no ha arrojado ningún claro «dividendo de paz». Durante los primeros años del milenio, el desempleo había disminuido sustancialmente, pero la poco ortodoxa estructura de la economía continuaba prácticamente inalterada. Los esfuerzos por imitar al Estado del sur mediante la captación de inversión extranjera, han resultado infructuosos en su mayor parte: un estudio concluía que la República recibía veinte veces más inversión extranjera directa que Irlanda del Norte en proporción a su tamaño, una brecha en gran medida atribuida al tipo mucho más bajo del impuesto sobre sociedades de la primera²³. Políticos unionistas y nacionalistas han aceptado por igual esta explicación monocausal del superior rendimiento de la economía del sur, algo que subyace tras la reivindicación por la armonización de los tipos impositivos a uno y otro lado de la frontera. Hasta el momento, el Tesoro británico se ha opuesto a lo que el Reino Unido consideraría una desviación sin precedentes en la política económica regional²⁴. La descripción en la década de 1980 de Irlanda del Norte como una «economía de asilo para pobres» todavía tiene sentido:

Una gran parte de su población está en paro. Aquellos que no lo están se ocupan esencialmente de servir o de controlar a los demás, a través de las prestaciones de salud, educación, distribución minorista, construcción, seguridad

²² Bob Rowthorn y Naomi Wayne, *Northern Ireland. The Conflict*, Cambridge, 1988, p. 94.

²³ Jim Smyth y Andreas Cebulla, «The glacier moves? Economic change and class structure», Colin Coulter y Michael Murray (eds.), *Northern Ireland after The Troubles. A Society in Transition*, Manchester, 2008, p. 180.

²⁴ Como en el caso de su vecino del sur, la economía de Irlanda se ha beneficiado del apoyo de la UE, recibiendo 1.700 millones de libras entre 1989 y 1999: una prueba suficiente de que la financiación de Bruselas no basta para remediar a largo plazo las debilidades estructurales sin la ayuda de otros estímulos.

o servicios sociales [...]. Como el típico asilo para pobres, está soportada por los impuestos recaudados en una comunidad externa, ofreciendo muy poco a cambio. Si se la forzara a vivir por sus propios medios, Irlanda del Norte experimentaría una caída catastrófica de los niveles de vida²⁵.

Las palabras del procónsul británico, Peter Hain, tienen una carga amenazante. En 2006, Hain alertó de que «no hay perspectivas de que el *statu quo* prevalezca», insistiendo en que «la forma actual de la economía no es sostenible a largo plazo. Tenemos que volvernos más competitivos, menos dependientes de un sector público abotargado a base de enormes subsidios estatales»²⁶. Pocas dudas puede haber de que sus opiniones expresaban un consenso bipartidista que agrupa a la clase política británica, que confía en que la Irlanda posconflicto resulte una carga mucho más leve. Cameron dio voz a tales pensamientos durante la campaña electoral británica, y Osborne se ha trazado como objetivo realizar en Irlanda del Norte unos recortes estimados en 4.000 millones de libras durante los próximos cuatro años²⁷. Puede que el impacto directo de la crisis en Irlanda del Norte haya sido menos catastrófico que en otros lugares, pero al extremarse la determinación de reconsiderar la ayuda de la que depende la región, sus consecuencias a largo plazo pueden resultar devastadoras.

Como de costumbre, en Irlanda del Norte no pueden plantearse iniciativas económicas sin señalar su probable mediación comunitaria. Tradicionalmente, la pobreza ha recaído con especial intensidad sobre la minoría católica: en 1971 la tasa de desempleo entre los varones católicos ascendía al 17 por 100, frente al 6 por 100 de los protestantes; una década más tarde, las cifras eran del 30 y del 12 por 100 respectivamente. La tendencia de los últimos años ha conducido a una nivelación moderada de los mencionados desequilibrios intercomunitarios, si bien los católicos continúan en condiciones notablemente peores que los protestantes: aunque la proporción de aquellos respecto a las personas que perciben rentas bajas se redujo de un 58 a un 55 por 100 desde comienzos de la década de 1990 hasta finales de la misma, ésta última cifra continúa siendo desproporcionadamente elevada²⁸. Una relativa oscilación de las pautas de desempleo a favor de los católicos refleja el declive del sector industrial (la construcción naval y la producción de máquina-herramienta fueron bastiones protestantes tradicionalmente), el crecimiento experimentado por

²⁵ B. Rowthorn y N. Wayne, *Northern Ireland. The Conflict*, cit., pp. 98-99.

²⁶ J. Smyth y A. Cebulla, «The glacier moves? Economic change and class structure», cit., p. 188.

²⁷ Se ha calculado que el 40 por 100 más pobre de la población perderá más de un 5 por 100 de sus ingresos netos como resultado de los cambios fiscales y de las prestaciones sociales que se introducirán entre 2010 y 2015. Véase Institute for Fiscal Studies, «The Impact of Tax and Benefit Reforms to be Introduced between 2010-2011 and 2014-2015 in Northern Ireland», Londres, 2010, p. 9.

²⁸ J. Smyth y A. Cebulla, «The glacier moves? Economic change and class structure», cit., p. 185. Los mismos autores realizaron una investigación que identifica a un 36 por 100 de los hogares católicos como «pobres», al tiempo que sitúa a un 25 por 100 de los hogares protestantes en la misma categoría.

el sector servicios y el impacto de las leyes antidiscriminación en las políticas de contratación.

Plantear la situación comparativa de protestantes y católicos en Irlanda del Norte sin tomar en consideración las divisiones intracomunitarias resulta ahora menos lícito que nunca. Desde luego, siempre resultó desencaminado hablar de «protestantes» como de un bloque uniforme que acapara privilegios en tanto que colectivo: es posible que los unionistas de clase obrera hayan recibido una porción mayor del desgraciadamente insuficiente pastel, pero sus ventajas sociales difícilmente podían compararse con las de la burguesía Orange. La repercusión de la posición de clase en la determinación de los logros sociales ha aumentado sustancialmente desde que se iniciara el enfrentamiento armado a finales de 1960. Los católicos de clase media han sacado provecho del espacio abierto por el movimiento de los derechos civiles en la década de 1960, copando una cuota cada vez mayor de los empleos especializados y de los puestos directivos, especialmente dentro de la Administración pública. La clase obrera protestante, por otro lado, han sufrido un retroceso al agotarse los puestos de trabajo destinados a operarios cualificados. Trece de los quince distritos administrados por el gobierno municipal, en los que los resultados escolares han sido más desfavorables, se sitúan en zonas donde residen protestantes de clase obrera.

Un determinismo económico de corte ingenuo sugeriría que estos reajustes producidos con respecto a la clase y a las diferencias étnicas, plantean un panorama favorable para el surgimiento de una unión transcomunitaria de la clase obrera, en pos de una programa económico radical o al menos progresista. En la medida en que los asuntos económicos sigan siendo planteados y comprendidos desde una perspectiva comunitaria, en lugar de afrontarlos desde una visión de clase, este halagüeño panorama continuará siendo una quimera. Hace un cuarto de siglo Geoffrey Bell alertaba de que «sería socialismo de la peor calaña imaginar que confinarles a las estrecheces económicas de los católicos forzaría a los trabajadores protestantes a replantearse completamente sus convicciones más arraigadas»²⁹. Esa advertencia no ha perdido valor alguno, ahora que la «igualdad de la miseria» parece quedar a un tiro de piedra.

Lealtad equivocada

Estas tendencias socioeconómicas se perfilan contra un sistema político obsecadamente polarizado a lo largo de líneas sectarias. El Acuerdo del Viernes Santo de 1998 estableció una Asamblea de Irlanda del Norte que funcionaría en virtud del consociativismo, requiriendo el apoyo de una mayoría de ambas comunidades para tomar todas las decisiones impor-

²⁹ Geoffrey Bell, *The British in Ireland: A suitable case for withdrawal*, Londres, 1984, p. 72.

tantes³⁰. Tras cincuenta años de dominio exclusivo de los unionistas después de la partición seguidos de otros veinticinco de autoridad directa desde Londres tras el derrumbamiento del sistema de Stormont en 1972, estaba previsto que la comunidad católica/nacionalista se alzara al fin en la administración de Irlanda del Norte con una voz estructurada y proporcional (la proporción entre protestantes y católicos en la población de la región es de 55 a 45 aproximadamente, habiendo crecido la parte católica a ritmo constante con el paso del tiempo). Pero las esperanzas de que pronto se formase un gobierno estable de poder compartido cedieron paso a una prolongada confrontación entre el Sinn Féin y el líder unionista y partidario del Acuerdo, David Trimble, en torno a la deposición de las armas del IRA. La asamblea quedó interrumpida en 2002; la administración directa desde Londres se reanudó. Cuando las siguientes elecciones restituyeron al PDU, contrario al Acuerdo del Viernes Santo, junto al Sinn Féin como partidos mayoritarios, daba la impresión de que la suspensión sería permanente: el dirigente octogenario del Partido, Ian Paisley, había pasado toda su carrera denunciando el gobierno de poder compartido fuera cual fuese el partido nacionalista, eso con independencia de que fuera el brazo político del IRA.

Su drástica conversión a un acuerdo para compartir el poder durante las conversaciones de Saint Andrews en 2006 se ha atribuido a la propuesta efectuada por el Tesoro británico, demasiado buena como para ser rechazada, así como a las concesiones realizadas por el Sinn Féin en materia de competencias en materia de policía. A la postre, Paisley fue víctima de su propio éxito: tras ver coronada una vida dedicada a la oposición destructiva, ascendiendo finalmente a la cúpula de la jerarquía unionista, el demagógico reverendo se vio forzado a reconocer que ningún gobierno de Londres aceptaría regresar al viejo sistema de autoridad sectaria, en manos de una sola de las comunidades, arriesgándose con ello a avivar una nueva insurgencia republicana, justo cuando se había logrado controlar la anterior. Si quería gozar de los frutos de su triunfo político, Paisley iba a tener que decir que «sí» por vez primera. En mayo de 2007, un nuevo gobierno tomó posesión del cargo en Stormont, con Paisley como primer ministro y Martin McGuinness del Sinn Féin como viceprimer ministro. El líder del PDU fue sustituido al año siguiente por su pupilo Peter Robinson: los incondicionales del PDU consideraban la relación de Paisley con McGuinness excesivamente cordial, al tiempo que su hijo Ian ocasionaba dificultades adicionales, al desatar un revuelo que involucraba a promotores inmobiliarios de oscura reputación, comprometiendo su propia posición en la jerarquía del Partido y debilitando el control del clan Paisley sobre el mismo. Desde entonces, el propio Robinson se ha visto

³⁰ Los miembros de la Asamblea son elegidos mediante el sistema de representación proporcional de voto único transferible vigente en la República, aunque en Irlanda del Norte todavía se elige a dieciocho representantes para la Cámara de los Comunes de acuerdo con el sistema de votación mayoritario.

sacudido por un escándalo, en el que está involucrada su esposa –también política del PDU–, que liga irregularidades financieras a una situación de intenso bochorno personal, si bien ha logrado contener hasta el momento los desafíos lanzados por los inamovibles opositores al gobierno de poder compartido. Estando el unionismo dividido y desmoralizado, el Sinn Féin se ha convertido en el partido de mayores dimensiones, coronando los sondeos de opinión en las elecciones al Parlamento Europeo en 2009, y haciéndose con el mayor número de votos, aunque no de escaños, en las elecciones generales británicas de 2010.

Muchos fueron los que anticiparon la fragmentación en dos bloques sectoriales, que correrían en paralelo a líneas de clase, como consecuencia de los alto el fuego decretados por los grupos paramilitares en la década de 1990. Los partidarios de izquierda del Acuerdo del Viernes Santo tenían la esperanza de que unionistas y nacionalistas de clase obrera, que habían circunscrito sus discrepancias a cuestiones de índole constitucional tras haber aceptado el marco establecido por el Acuerdo, encontrasen una voz propia en asuntos sociales y económicos, con el fin de desafiar a las elites comunitarias establecidas. Los partidos instituidos por paramilitares lealistas –Fuerza de Voluntarios del Ulster y la Asociación en Defensa del Ulster– fueron identificados como posibles catalizadores de este proceso en el seno del bloque unionista. El brazo político de Fuerza de Voluntarios del Ulster, el Partido Unionista Progresista, parecía un candidato especialmente prometedor para desempeñar este papel: liderado por David Ervine, un antiguo paramilitar enormemente elocuente, se identificaba a sí mismo como «socialista», reconocía la discriminación a la que fueron sometidos los católicos durante el antiguo régimen de Stormont y hablaba sobre la necesidad de establecer una política de clase. Hay que reconocer que los conocimientos del PUP en materia de socialismo debían más a Ernest Bevin que a John Maclean, pero incluso la política tradicional del laborismo británico representaría una desviación fundamental en el seno del unionismo.

Cuando los representantes lealistas interrumpieron con abucheos al veterano y fanático de Paisley, mientras éste denunciaba la «capitulación» del Acuerdo del Viernes Santo, en 1998, parecía posible que una oleada de insubordinación social se esparciese entre la clase obrera protestante por primera vez desde el momentáneo florecimiento del Partido Laborista de Irlanda del Norte en la década de 1960. Diez años después aquellas esperanzas han resultado infundadas. El cambio principal experimentado en el seno del unionismo ha sido el derrumbe del otrora hegemónico Partido Unionista del Ulster al enfrentarse al desafío lanzado por el PDU de Paisley, quien le acusó de traición, apostasía y transigencia con el programa nacionalista. También ha habido un factor de clase en la rivalidad existente entre los Unionistas del Ulster y el PDU: el primer partido ha sido considerado merecidamente como un vehículo de la burguesía, de la gran burguesía y de la todavía mayor burguesía, mientras que la mayor parte del grupo que conformaba la jefatura del PDU provenía de la clase

media baja, dirigiendo parte de su fuego contra el unionismo de «clase alta», tal como lo practicaban las damas y los caballeros del Partido Unionista del Ulster³¹. Ahora bien, el PDU ha sido capaz de lanzar este mensaje de resentimiento de clase sin por ello dejar de comprometerse totalmente con la economía neoliberal. Desde que se produjera el cambio total de postura política de 2007, los sucesores de Paisley en la jerarquía del PDU han gastado considerablemente más tiempo preocupándose por el partido descaradamente retrógrado Voz Unionista Tradicionalista que por el lealismo de clase obrera.

De hecho, probablemente nunca los paramilitares lealistas ofrecieron un punto de partida prometedor para corriente progresista alguna. El objeto principal de su campaña había sido el asesinato al azar de civiles católicos, y reclutaron a los cuadros apropiados para desarrollar tales actividades. Desde la firma del Acuerdo del Viernes Santo, muchos de estos mandos han degenerado en una narcoburguesía lumpen, que mantiene una relación parasitaria con las comunidades en las que opera. Este deslizamiento hacia un burdo mundo de todoterrenos, cadenas de oro y sofás de cuero fue simbolizado por el comandante de la Asociación de Defensa del Ulster de Shankill Road, Johnny Adair, cuya egomanía alimentada por las drogas provocó toda una serie de altercados violentos. Los elementos lealistas de Belfast han añadido recientemente un nuevo ingrediente a su mezcla de gangsterismo patriotero al organizar ataques contra inmigrantes de Europa del Este, que forzaron a docenas de gitanos a abandonar la ciudad temiendo por sus vidas en 2009. Aunque puede que la presencia de tales elementos antisociales y destructivos impida a los paramilitares lealistas plantear un programa político positivo dirigido a la clase obrera protestante, se encuentran en una posición firme para bloquear la emergencia de cualquier fuerza alternativa que pudiera amenazar su dominio. A Mark Langhammer, un concejal laborista independiente, entre cuyos distritos se cuenta el bastión lealista de Rathcoole, le volaron el coche por órdenes del jefe local del ADU, John Gregg, al que dedicaba palabras sorprendentemente generosas:

Gregg, de hecho, no era el peor de todos, en el sentido de que no vivía por todo lo alto ni te restregaba el dinero en la cara, pero se creía todo lo que decía sobre la necesidad de mantener el control de la ADU. La bomba fue un mensaje, un disparo de advertencia dirigido a mí³².

Gregg fue asesinado más tarde por partidarios de Johnny Adair. El dramaturgo Gary Mitchell también se vio forzado a abandonar su casa de Rathcoole tras sufrir un ataque con cócteles molotov de los paramilitares, una

³¹ Este tema estaba subordinado por completo al triunfalismo sectario y al alarmismo que representaron las especialidades de Paisley durante la mayor parte de su vida política, y que no debería confundirse con ningún tipo de análisis de clase progresista.

³² Ian Wood, *Crimes of Loyalty. A History of the Ulster Defence Association*, Edimburgo, 2006, p. 269.

irónica recompensa por sus esfuerzos dedicados a transmitir la experiencia de una comunidad a la que no le sobran las representaciones culturales favorables. Impotentes en gran medida para incidir en estas tendencias destructivas, los representantes del lealismo político se han visto no obstante contaminados por esta relación. La sucesora de Ervine como líder del Partido Unionista Progresista, Dawn Purvis, ha dimitido recientemente del partido, manifestando la convicción de que el UVF no está dispuesto a abandonar la criminalidad y a convertirse en un actor político más. Sostuvo con pesadumbre que la mayoría de los miembros de la Fuerza Voluntaria del Ulster han continuado votando al PDU, ignorando el trabajo realizado por Ervine y sus socios.

También debe prestarse atención al entorno político en un sentido más amplio. La suspensión de la Asamblea de Irlanda del Norte durante buena parte de la década anuló cualquier perspectiva de desafiar el historial social y económico de los partidos unionistas burgueses. Las decisiones más importantes del plan de austeridad se tomarán en Londres, aunque se «delegue» la responsabilidad de implementarlas. Pero todavía queda una pregunta esencial por hacer: ¿puede reconciliarse la ideología del propio unionismo con la política de izquierdas? El unionismo siempre ha sido proclive a glorificar los rasgos más arcaicos y reaccionarios del orden político británico. Convenciendo a los protestantes de clase obrera de que el Estado ya es «suyo», ha actuado durante largo tiempo como barrera de las movilizaciones que podrían plantear demandas ante el mismo. Los lealistas que se oponen al Acuerdo del Viernes Santo suelen quejarse de que en la nueva Irlanda del Norte se está reprimiendo la cultura unionista. Sería más exacto decir que los propios unionistas están reprimidos por esta cultura.

Mr. Adams va a Washington

Del otro lado de la división comunitaria, daría la impresión de que el resultado ha sido muy diferente. El Sinn Féin, brazo político del IRA, está ahora firmemente establecido como voz dominante del nacionalismo católico de Irlanda del Norte. Pero esta victoria institucional no comporta un triunfo de los ideales republicanos tradicionales. En casi todos los aspectos, el Sinn Féin ha vuelto la espalda a aquello por lo que el IRA decía estar luchando a lo largo de la «larga guerra»: sus líderes han aceptado la partición y la continuidad de la autoridad británica en Irlanda del Norte, han desmantelado su aparato militar, han reconocido a la policía y a los tribunales y han denunciado la violencia contra las tropas británicas. Los gritos de «capitulación» de los opositores republicanos al Acuerdo del Viernes Santo no son solo una recriminación por esta mutación ideológica, sino también elogios ambiguos a la creciente madurez y realismo de los líderes Provos («Provisionales»), en boca de los principales comentaristas. El punto de partida de cualquier análisis serio debe ser la debilidad política del movimiento republicano, una vez que éste

comenzó a contemplar la posibilidad de establecer una estrategia de desarme en la década de 1980.

Los Provisionales siempre tuvieron una base de apoyo mucho más escasa que los movimientos nacionalistas revolucionarios de Sudáfrica o de Palestina. En Irlanda del Norte solo los apoyaba una minoría de la población católica y en el Sur no eran más que una fuerza absolutamente marginal. La campaña militar del IRA se veía maniatada por estas limitaciones políticas. Los cargamentos de armas procedentes de Libia no podían compensar las escasas reservas de partidarios activos con las que podían contar los Provisionales. Al transcurrir una nueva década, sin evidencias de que el IRA fuera capaz de expulsar al Estado británico de Irlanda del Norte, y con toda una generación de mandos languideciendo en prisión, los estrategas republicanos tuvieron que reconsiderar sus opciones. Tal como lo expresó el responsable de prensa del Sinn Féin Richard McAuley en 1992: «No podremos desarrollar nuestro pleno potencial mientras la guerra continúe en marcha en el Norte y mientras el Sinn Féin mantenga su posición con respecto a la lucha armada y a la violencia»³³.

Estas consideraciones apuntaban hacia un alto el fuego del IRA que, según lo esperado, se produjo en 1994. En ese momento, Gerry Adams ya había avanzado un largo trecho en sus objetivos de consolidar un «frente pannacionalista», estrechando lazos con el estrictamente constitucionalista Partido Socialdemócrata y Laborista, el Fianna Fáil y el lobby irlandés-estadounidense de Washington. Tal como sugirió un crítico radical, la formación de una alianza de estas características acarrearía inevitablemente un alto precio: «Esta es una alineación impresionante en cuanto a su influencia política general, pero como coalición solo podrá mantenerse unida dentro de los confines de un programa conservador. Puede que sirva para que la comunidad católica logre algún avance con respecto a los protestante en el Norte, pero no deparará ningún cambio social radical para nadie»³⁴.

Un observador parcial

Adams y sus aliados han abandonado la esperanza de imponer la retirada británica en una sola legislatura; pero todavía intentan asegurar que el control británico sobre Irlanda del Norte se vaya diluyendo, a través de una combinación de soberanía conjunta entre Londres y Dublín, unas estructuras políticas transfronterizas dinámicas y una declaración del gobierno británico a favor de una Irlanda unida y en la que se comprometa a convencer a los unionistas de su conveniencia. Estas ambiciones, no obstante, tropiezan con la posición inamovible de la clase dirigente bri-

³³ Henry Patterson, *The Politics of Illusion: A Political History of the IRA*, Londres, 1997, p. 239.

³⁴ Eamonn McCann, *War and Peace in Northern Ireland*, Dublín, 1998, p. 155.

tánica y con el temor de los aliados del Sinn Féin en el «frente pan-nacionalista» a excederse en la presión contra este consenso. En los debates sobre la historia reciente de Irlanda del Norte se ha descuidado durante mucho tiempo la cuestión de la política estatal británica. En el pasado, autores republicanos y socialistas incurrieron con frecuencia en el error de describir al unionismo del Ulster como una mera marioneta de la clase dominante británica, pero desde entonces el péndulo ha oscilado mucho en la dirección contraria, y la visión ahora en boga presenta a la elite londinense como un espectador perplejo que observa las reyertas entre dos tribus irlandesas. Se ha concedido gran importancia a las manifestaciones de Peter Brooke, ministro de Thatcher para Irlanda del Norte, en las que afirmaba que Londres no tenía «estrategias egoístas u otros intereses» en la región, una aseveración que, desde entonces, ministros y funcionarios británicos repitieron en incontables ocasiones. No hay que descartar necesariamente estas manifestaciones, mientras se analicen con cuidado. El valor económico de Irlanda del Norte para el Estado británico es insignificante y los imperativos estratégicos, tan apremiantes durante la primera mitad del siglo xx, han desaparecido en la era que siguió a la Guerra Fría. Pero Brooke se cuidó de sostener que Gran Bretaña fuese *políticamente* neutral, y no sin razones, ya que John Major y Tony Blair continuaron pregonando su apoyo a la Unión tan enérgicamente como se pudiera desear.

Pocos Estados se muestran entusiasmados con la idea de renunciar a parte de su territorio nacional o de compartir su control con un vecino. Esta es la opinión que se esconde detrás de la insistencia en que el cambio constitucional no tendrá lugar sin el apoyo de una mayoría dentro de Irlanda del Norte. El «principio de consentimiento», considerado ahora casi universalmente como un axioma democrático de lo más evidente, resta importancia a la naturaleza problemática de la autodeterminación cuando existe un debate acerca de la unidad política en la que ésta debería plantearse. El Estado británico ha postulado el pacto de partición de la década de 1920 como piedra angular de cualquier acuerdo de paz, lo que es en sí misma una intervención inequívocamente partidista. Este pacto no era otra cosa que un intento sincero de reconocer la existencia de lealtades nacionales enfrentadas entre los habitantes de la isla: más de un tercio de la población inicial de Irlanda del Norte rechazaba su legitimidad y en dos de sus seis condados, en la segunda mayor de sus ciudades y en aproximadamente la mitad de su área geográfica hubo mayorías nacionalistas. No han existido muchas unidades políticas posibles con una base de consenso popular tan exigua, ahora más erosionada por el crecimiento de la población nacionalista. La partición —ciertamente en la forma en que fue adoptada— no significó un esfuerzo por aplicar los principios de Wilson, sino una victoria del bloque unionista conservador en su empeño por mantener la bandera de la Unión ondeando sobre todo el territorio que pudiera pacificarse con seguridad.

No se trata aquí simplemente de un recuento de errores históricos: se suscitan interrogantes en torno al «principio de consentimiento» que ningún gobierno británico se ha dignado a afrontar. Los republicanos –incluidos aquellos que se oponían a la campaña del ejército provisional– siempre han defendido que la unidad de autodeterminación debería ser la isla entera, no ese pequeño Estado recortado en su esquina nordeste. Puede cuestionarse este punto de vista con el argumento práctico de que la oposición unionista a un Estado que agrupe a Irlanda al completo sería tan acusada que la haría ingobernable. No obstante, Londres nunca ha aportado este argumento –plausible, aunque no irrefutable– como justificación racional de su postura: los políticos y diplomáticos británicos, simplemente ignoraban la perspectiva republicana de la autodeterminación, inclinados como estaban a creer que el sentido común no admitía otra conclusión que la suya propia. También descartaron cualquier intento de llegar a una soberanía compartida entre los dos Estados, expresando el «nunca, nunca, nunca» de la respuesta de Thatcher a las aspiraciones nacionalistas, aunque en un tono ciertamente más moderado³⁵. Los aspectos con respecto al tema transfronterizo del Acuerdo del Viernes Santo fueron adecuadamente descritos como «deplorablemente vagos», en virtud de los más provechosos análisis de la nueva administración política³⁶. El binacionalismo se queda en una aspiración y el papel «consultivo» asignado a Dublín, de acuerdo con los términos del Acuerdo del Viernes Santo, consiste precisamente en esto: los gobiernos británicos son libres de ignorar cualquier recomendación planteada por los políticos irlandeses y así lo han hecho reiteradamente.

Esta desigual relación de poder se ha mostrado de modo más evidente en la práctica de Londres en materia de seguridad. Se asignó a una comisión presidida por Chris Patten la tarea de elaborar un anteproyecto para la reforma policial, el cual se excluyó de las negociaciones del Acuerdo del Viernes Santo. El gobierno de Blair se encargó de diluir sus propuestas antes de presentar la legislación en Westminster, mientras permitía a las fuerzas de seguridad del Estado encargarse del proceso de reformas y mantenerlo dentro de límites seguros. No sería exacto proclamar que el reconstituido PSNI [Servicio de Policía de Irlanda del Norte] no se diferencia en nada del antiguo RUC [Policía Real del Ulster]: ha habido cambios significativos, aunque estos cambios se deban a modificaciones en las necesidades del Estado británico, puesto que ya no tiene que hacer frente a una insurrección republicana a gran escala. El nombre y los símbolos del cuerpo se han cambiado para que ya no se identifiquen tan es-

³⁵ Thatcher estaba respondiendo al informe del Nuevo Foro de Irlanda, una asamblea de nacionalistas irlandeses no violentos, convocada por el gobierno de Dublín en 1980 con el propósito explícito de aislar a los Provisionales. Sus propuestas de cambio constitucional –un Estado único en Irlanda, un Estado federal o la soberanía conjunta de Londres y Dublín– fueron desestimadas por el gobierno británico y el habitual talento de Thatcher para endulzar la píldora quedó muy en evidencia.

³⁶ Jonathan Tonge, *The New Northern Irish Politics?*, Basingstoke, 2005, p. 264.

trechamente con el unionismo, y se han hecho esfuerzos considerables para ampliar la presencia católica entre sus oficiales: se supone que los nuevos reclutamientos habrán de ser al 50 por 100. Existe ahora una Junta de Policía Civil que incluye a políticos nacionalistas, y la jerarquía del PSNI intentará sin duda tenerlos contentos, si es que eso es posible. Pero los temas incluidos en amplio término de «la seguridad nacional» no deben ser notificados a la Junta.

El significado práctico de esta laguna quedó claro en marzo de 2009, cuando el entonces jefe supremo de la policía, Hugo Orde, solicitó el despliegue del Regimiento Especial de Reconocimiento en Irlanda del Norte. La turbia historia de las fuerzas especiales británicas en la región permitió a Martin McGuinness manifestar, de manera francamente exagerada, que «muchas de esas fuerzas constituyeron para la comunidad un peligro mayor que cualquier otro grupo», calificando la decisión de Orde de «estúpida y peligrosa»³⁷. Pero los partidos nacionalistas ya no eran capaces de manejar el problema. La polémica se vio eclipsada por los ataques mortales perpetrados poco después por «disidentes» republicanos contra soldados británicos, dejando patente cuál era la aportación de este militarismo republicano sin salida a los intentos de salvaguardar el *statu quo*.

Las innovaciones legislativas en la «guerra contra el terrorismo» en el Reino Unido facilitaron al PSNI instrumentos que su predecesor hubiera envidiado: sobre todo, la detención sin cargos durante ventiocho días y la potestad aleatoria de «parar y registrar», utilizadas con creciente regularidad. El Sinn Féin insistió en la exigencia del cumplimiento pleno del informe Patten y se negó durante años a participar en el Consejo Policial, pero en 2006 capituló ante las presiones de todo tipo que pretendían reforzar al PSNI, antes de que éste pudiera ceder parte del poder al PDU. La decisión llegó en un momento de extrema debilidad para el movimiento provisional y dejó a los republicanos leales a Gerry Adams en una posición tal que se esperaba de ellos que defendieran las acciones de la policía sin protestar ni enfrentarse a las acusaciones unionistas de socavar la lucha contra el terrorismo.

Los límites últimos de la reforma de la seguridad quedaron bruscamente en evidencia cuando el juez canadiense Peter Cory presentó su informe sobre el asesinato del abogado nacionalista Pat Finucane en 1989. Las denuncias de la complicidad del Estado en el asesinato se alzaron casi inmediatamente tras la muerte de Finucane: el comando de la Asociación para la Defensa del Ulster, que llevó a cabo el asesinato, estaba compuesto exclusivamente por agentes del gobierno. Durante las conversaciones mantenidas para asegurar el cumplimiento del Acuerdo del Viernes Santo, el gobierno británico se ofreció a realizar una investigación sobre la

³⁷ «Forces are a treath: McGuinness», BBC News, 6 de marzo de 2009.

muerte de Finucane si un tribunal internacional lo juzgaba necesario. Tras descubrir significativas evidencias de conspiración, Cory advirtió que se consideraría «una cínica quiebra de la buena fe» el hecho de que el gobierno de Blair no llevara a cabo una investigación pública³⁸. Se demostró que este era un riesgo que Blair estaba dispuesto a correr cuando su gobierno se apresuró a poner en marcha una legislación que haría imposible la obtención de pruebas efectivas. A la Defensora del Pueblo en la policía Nuala O'Loan se le permitió arrojar algo de luz sobre la relación simbiótica entre la rama especial del RUC y los paramilitares leales, pero ni se podía pensar en autorizar una investigación que pudiera lesionar la reputación del ejército y de los servicios de inteligencia británicos, que se necesitaban para labores importantes en nuevos campos de batalla.

La coalición Sinn Féin-PDU parece haberse estabilizado después de afrontar el pasado año una crisis aparentemente definitiva. Los equipos que lideran ambos partidos invirtieron un gran capital político en conseguir que el compromiso subsistiera y con ello lograron contener a la oposición en el cauce deseado. Aunque en un futuro próximo podrían esperarse nuevas turbulencias, lo más probable es que las elites políticas unionistas y nacionalistas continúen repartiéndose cada porción de poder que Londres decida asignarles. En el ámbito presupuestario, la cuerda se tensará en cada momento y las políticas permanecerán congeladas según un patrón sectario que aportará escasos cambios a ambos conjuntos de la clase trabajadora: el Acuerdo del Viernes Santo no creó ciertamente la división comunitaria en Irlanda del Norte, pero tampoco ofrece una vía plausible para su desaparición o, siquiera, su disminución a medida que pase el tiempo. Los momentos históricos anteriores en los que pareció posible superar el estancamiento sectario –de 1790 a 1960– se produjeron cuando la escena internacional había dado un giro a la izquierda. Sin un cambio de ese tipo en los próximos tiempos, las razones para el optimismo son escasas. Hay que dar ciertamente la bienvenida al fin de la guerra, pero la paz que ha seguido ofrece pocos motivos de alegría.

III. ¿EL ESLABÓN DÉBIL DE EUROPA?

¿Aportará el sur su propia contribución a un giro más amplio hacia la izquierda? A comienzos de 2009, después de tres meses de crisis financiera, Brian Lenihan se sintió lo bastante seguro para alardear: «Los pasos dados han impresionado a nuestros socios en Europa, que están asombrados de nuestra capacidad de sufrimiento. En Francia tendrías motines si intentaran hacer lo mismo»³⁹. La misma evaluación del carácter irlandés –con un juicio de valor bastante diferente– la hicieron los manifestantes griegos que

³⁸ *Cory Collusion Inquiry Report. Patrick Finucane*, Londres, 2004, p. 109

³⁹ Anne Lucey, «Europe "amazed" at steps taken in budget: Lenihan», *The Irish Times*, 27 de abril de 2009.

cantaban: «Nosotros no somos Irlanda, nosotros resistiremos»⁴⁰. La actuación del gobierno de Lenihan, entre tanto, podría verse acertadamente como un intento de llevar su afirmación al límite de su destrucción. Con todo, hasta ahora el malestar social ha sido ciertamente mínimo y sin duda insuficiente para forzar un cambio en la política del gobierno.

Los defectos innatos de la izquierda irlandesa ya han sido reseñados. Aunque muchos de los factores causantes de esta flaqueza han pasado ya a la historia, hay un legado de debilidad que sigue estando presente: no podemos hablar de una tradición de lucha como las de Grecia y Portugal. La combatividad del movimiento sindical se ha visto socavada por décadas de corporativismo conocido como «acuerdo social». A los líderes empresariales ese sistema asociativo les pareció un camino útil para limitar los incrementos salariales en un momento en que el desempleo era demasiado bajo para proporcionarles el necesario instrumento de chantaje. Más significativo todavía fue el efecto anestésico que tuvo en el movimiento obrero organizado la renuncia por parte de los sindicatos a cualquier forma de conciencia de sí mismos como movimiento social dotado de una concepción específica y radical opuesta a las fuerzas dominantes de la sociedad irlandesa. El precio a pagar fue llamativamente bajo: la República no tiene ni una mínima ley de reconocimiento de la libertad sindical y los años de «acuerdo» fueron testigos de una erosión constante de la solidez sindical en el sector privado.

Ahora que las colas de desempleo están consiguiendo disciplinar a la fuerza de trabajo mejor de lo que lo haría cualquier acuerdo nacional, el capitalismo irlandés ha decidido lanzar un ataque frontal contra el movimiento sindical en sus últimos reductos. La jerarquía sindical se ha resistido durante mucho tiempo a reconocer estos hechos y sus movilizaciones vacilantes, cuyo objetivo era asegurarse la vuelta a la mesa de negociación, fueron ignoradas por el gobierno. Cada vez que se ha hecho un llamamiento a una manifestación —las más recientes referentes al acuerdo UE-FMI—, se ha registrado una vigorosa afluencia, seguida de meses de inactividad. Los elementos europeístas de los movimientos sindicales tendrán que abandonar sus ilusiones respecto al papel progresista de la Unión Europea si quieren plantear una oposición seria al programa de austeridad dictado por Bruselas. La izquierda radical, a la que le encantaría organizar una campaña de protesta más continuada, dispone de una influencia social muy limitada y se ha mostrado incapaz de movilizar multitudes sin el apoyo oficial de los líderes sindicales.

En la actualidad, los ojos de todos están puestos en las próximas elecciones generales. El liderazgo de Cowen se ha desintegrado en circunstancias grotescas y su sucesor —desconocido cuando se escribe este texto— no ten-

⁴⁰ Helena Smith, «Athens protest: “We are at war with them, as they are with us”», *The Guardian*, 10 de febrero de 2010. He oído una variante del mismo planteamiento de boca de un unionista sindical dando un mitin: «Estoy seguro de que todos conocéis el chiste: ¿Cuál es la diferencia entre Islandia e Irlanda? Dos letras y seis meses. Pues bien, la verdadera diferencia es ésta: ellos derribaron el gobierno y nosotros no».

drá tiempo de reparar los daños. Una medida del declive del Fianna Fáil es el hecho de que un resultado del 20 por 100 se pueda considerar ahora una recuperación aceptable: en otro tiempo, cuando el Partido llegó al poder, estos resultados hubieran sido recibidos con el espanto que los cristianos reservan al Apocalipsis. El primer sondeo de opinión que siguió al acuerdo UE-FMI situaba al Partido en el cuarto lugar, con un 13 por 100, tras el Fine Gael, los laboristas y el Sinn Féin. Dado el amplio apoyo social de que dispuso el Fianna Fáil a lo largo de su historia, el mazazo que se avecina implicará una distribución de votos por todo el espectro político. Un sistema de partidos que ha permanecido llamativamente estable desde 1930 parece estar abocado a sacudidas y reestructuraciones sin precedentes; que esta reconfiguración favorezca o no a la izquierda dependerá mucho de las estrategias que adopten las partes que la componen. En el momento de redactar este artículo, los laboristas parecen estar en situación de obtener la cuota de votos más alta desde la fundación del Estado, por encima del Fianna Fáil. Sin duda, tal como observó el corresponsal político de *The Irish Times*: «El apoyo conjunto a favor de los laboristas, el Sinn Féin, independientes y otras fuerzas políticas alcanza ahora el 51 por 100, ofreciendo la expectativa de un bloque de izquierdas, de liderazgo laborista, como alternativa a la coalición entre Fine Gael y laboristas»⁴¹. El giro hacia el laborismo parece constituir más un síntoma que un agente de cambio: la evolución que se registra en el Partido y su orientación actual parecen sugerir más su preferencia por la vía tradicional de coalición con el Fine Gael que el intento de formar el primer gobierno irlandés de centro-izquierda. El laborismo se ha posicionado como el principal oponente del Fianna Fáil y ha cosechado algunas reprimendas de los comentaristas políticos por su «populismo» y «falta de realismo». La dirección del Partido ya ha comenzado a virar sus velas en respuesta a tales críticas y puede esperarse que llegue mucho más lejos una vez en el poder.

El cuarto bloque

El resultado más probable de la votación es una coalición Fine Gael-Laborismo, con una mayoría sólida, que tendrá que enfrentarse por un lado a un Fianna Fáil desmoralizado y desacreditado y por el otro a un «cuarto bloque» situado a la izquierda del laborismo, y cuyas perspectivas parecen más amplias tras los sondeos recientes⁴². La situación podría ser prometedora para la izquierda, pero mucho dependerá del tamaño del

⁴¹ Stephen Collins, «Fianna Fáil facing meltdown», *The Irish Times*, 16 de diciembre de 2010.

⁴² Tal como ha destacado un simpatizante del Fianza Fáil, «parece que la hostilidad antisistema y el ánimo de cambio en ciertos sectores del electorado, sobre todo entre los jóvenes, busca, más allá del Partido Laborista, otras alternativas [...] Los candidatos del “cuarto bloque” obtuvieron más de la mitad de los votos en aproximadamente un tercio de las circunscripciones en 2007, lo que significa que el impulso necesario para un cambio real no tiene por qué ser enorme». Noel Whelan, «SF and left-wing independents set to burst out of blocs», *The Irish Times*, 11 de diciembre de 2010.

«cuarto bloque» y del peso relativo de sus heterogéneos componentes, que, en términos ideológicos, abarcan desde la socialdemocracia hasta el trotskismo. Por muy amplio que sea este bloque, su componente principal será el Sinn Féin: el Partido está en posición de conseguir su mejor resultado en el sur desde la ruptura con De Valera en 1920.

El Sinn Féin fue el único partido en el Parlamento que se opuso categóricamente al acuerdo UE-FMI y sacó adelante un sólido programa de izquierda al comienzo de la última crisis. Aunque por parte de los gurús conservadores se acusa con frecuencia al Partido de ser una organización «marxista», su naturaleza ideológica es mucho más ambigua y contradictoria de lo que sugiere esta etiqueta. Desde la derrota de las fuerzas antitratado en la Guerra Civil, ha habido repetidos intentos de combinar republicanismo con políticas socialistas. Las organizaciones más significativas a la izquierda de la socialdemocracia, desde el Congreso Republicano en la década de 1930 al Partido de los Trabajadores en la de 1980, surgieron todas de esta supuesta síntesis. El estilo conspiratorio y militarista de la tradición republicana ha dado con frecuencia al traste con tales esfuerzos, mientras la tarea fundamental de terminar la revolución nacional inducía a los republicanos de izquierdas a posponer la lucha por el socialismo en tanto se alcanzara «la República».

Bajo el liderato de Gerry Adams, el Sinn Féin siguió por lo general este camino: su estrecha relación con el Congreso Nacional Africano le sirvió para legitimar una estrategia que dispensa al movimiento de toda obligación de perseguir los objetivos socialistas al norte de la frontera⁴³. Sus activistas en el sur han procurado ahora adoptar una perspectiva de izquierdas seria, y el Partido ha encontrado su nicho en el hacinado espacio político del sur, a la izquierda del laborismo, recogiendo el apoyo en las zonas de clase trabajadora de Dublín que el Partido Laborista había abandonado en su intento de alcanzar la respetabilidad de acuerdo con el modelo de Blair. Las figuras de más peso del Partido en Dublín pronunciaron críticas mordaces, aunque cuidadosamente formuladas, contra los líderes del Norte después de las decepcionantes elecciones generales de 2007⁴⁴. El Sinn Féin goza de la situación especial que le confiere el ser el único partido, de los implementados en toda Irlanda, que dispone de un respaldo significativo en ambos Estados. Las disfunciones derivadas de te-

⁴³ Varios líderes prominentes del CNA han visitado Belfast para prestar apoyo a los líderes del Sinn Féin en las fases cruciales del proceso de paz; esto es la continuación de una relación que data de la década de 1980 y que ha sido una continua fuente de indignación para los políticos conservadores que pensaban que era con ellos con quienes debían haberse reunido los «estadistas» del CNA.

⁴⁴ Una de estas figuras —el presidente del Sinn Féin de Dublín— ha publicado recientemente un artículo fascinante sobre las políticas republicanas y de izquierdas en la Irlanda actual, notable tanto por las críticas en clave hacia su partido como por sus estimulantes reflexiones sobre las tribulaciones de la izquierda irlandesa: Eoin Ó Broin, *Sinn Féin and the Politics of Left Republicanism*, Londres, 2009.

ner que conciliar la intervención en paisajes políticos tan radicalmente dispares quedan ahora claramente en evidencia, cuando el Partido denuncia los recortes en el sur y los aplica en el norte: fórmulas del tipo de la «revolución democrática nacional», tomadas de sus aliados internacionales, han llegado ya al límite de su elasticidad. Es difícil predecir el uso que hará el Sinn Féin de su mayor cuota de poder tras las elecciones: una actuación poderosa de las fuerzas más radicales agrupadas en la Alianza de la Izquierda Unida –de ideología fundamentalmente trotskista, especialmente las secciones irlandesas de la antigua Tendencia Militante y el Partido Socialista de los Trabajadores, que gozan de un cierto peso en algunas partes del país– incrementará la presión para mantener un rumbo de izquierdas. Será necesario, ante todo, poner fin a la pasividad que evocaba la petulante bendición de Lenihan, si la crisis del Fianna Fáil se convierte en la una crisis de las políticas conservadoras en general.

Perspectivas

Aunque los laboristas y el Fine Gael han atacado los términos del acuerdo establecido por el Fianna Fáil con los acreedores extranjeros de Irlanda, la apuesta más segura es que el nuevo gobierno, una vez en ejercicio, se excusará lamentando su impotencia para modificar esos términos. En tal caso, será inevitable otra crisis dentro del próximo año más o menos. El acuerdo UE-FMI no será operativo, ni en sus propios términos. A parte del sufrimiento que causará a una amplia franja de población, su resultado más probable será el de hundir la economía irlandesa en su conjunto. Añadir la carga del reembolso de unos intereses gravosos a un Estado que ya está luchando por sacar la cabeza fuera del agua asegurará el colapso. Las previsiones de crecimiento que sustentan el último plan del gobierno carecen de una verosimilitud siquiera aparente. Tal como argumentaban los expertos del *think-tank* TASC [Acción por el Cambio Social] en su análisis del presupuesto de Lenihan de diciembre:

El Ministerio de Finanzas predice que el PIB crecerá un 1,7 por 100 en 2011 y un promedio del 3 por 100 anual a lo largo del periodo 2012-2014. Estos cálculos de crecimiento implican un incremento de las exportaciones del 4,6 anual, en un momento en que nuestros principales socios comerciales prevén obtener tasas de crecimiento de menos de la mitad de estas cifras. Dado el abultado exceso de deuda, la incertidumbre en el sector bancario y la ausencia de crédito que seguirán construyendo nuestra economía doméstica, no está claro por qué razón se espera que Irlanda supere a otras economías avanzadas [...]. Si el crecimiento que se produce es inferior al que prevé el Ministerio de Finanzas, el déficit general del Estado seguirá siendo superior al nivel de crecimiento nominal en 2014 y el índice de endeudamiento seguirá avanzando en una dirección insostenible⁴⁵.

⁴⁵ TASC, *Response to Budget 2011*, Dublín, 2010, pp. 3-4.

Irlanda va camino de una quiebra soberana, tal como ya han advertido analistas independientes del país y del extranjero⁴⁶. La única salida del caos actual, tanto para la economía irlandesa como para la europea, es imponer una sanción a los titulares de bonos que, dedicados a una actividad comercial especulativa, esperan ahora de los fondos públicos una compensación ilimitada por sus pérdidas de juego. Si las pérdidas sufridas por los bancos privados se excluyeran de la deuda nacional, Irlanda tendría una posibilidad razonable de estabilizar sus finanzas en los próximos años. Hasta que se de ese paso, las previsiones de recuperación son irrisorias. Si los titulares del poder en Dublín tuvieran la suerte de poseer un mínimo de valentía y visión, hubieran emprendido el camino hacia Lisboa, Atenas y Madrid urgiendo a sus compañeros de piara a formar un bloque dentro de la UE que fuera capaz de hacer frente al ruinoso sometimiento impuesto por los titulares de bonos. Pero por el contrario han malgastado el último año en asegurar a sus ciudadanos que «Irlanda no es Grecia», hasta que se llegó al punto en que el primer ministro griego se sintió obligado a declarar que «Grecia no es Irlanda». Se está haciendo ya tarde para establecer tales alianzas, pero sin ellas, la lista de estos ahorcados por separado se extenderá sin duda mucho más allá de la periferia de la eurozona.

20 de enero de 2011

⁴⁶ David McWilliams, «Bailout will sink Ireland before we can even swim», *The Irish Independent*, 1 de diciembre de 2010; Wolfgang Munchau, «Will it work? No. What can Ireland do? Remove the bank guarantee and default», *The Irish Times*, 2 de diciembre de 2010.